

Barbaries de la guerra, memoria histórica y reconciliación en Asia-Pacífico

Mark Selden

Investigador Principal del Programa de Asia Oriental,
Universidad de Cornell y coordinador del boletín electrónico *Japan Focus*

Resumen

Para abordar la memoria histórica desde una perspectiva comparada, el autor analiza los hechos de la conocida como masacre de Nanjing y otros crímenes de guerra relacionados con el comportamiento general de Japón en la guerra de quince años con China (1931-1945) y su prolongación, la Guerra Asia-Pacífico (1941-1945). Las heridas abiertas por estos hechos aún no han sido cerradas, como demuestran las periódicas escaladas de tensión entorno a la memoria histórica en Asia Oriental. Sin embargo, la construcción de una nueva memoria histórica compartida por todos los actores presentes en la región exige una revisión de los propios postulados, una visita al pasado que en algunos casos como el japonés o el norteamericano, puede ser un proceso doloroso y difícil. Pese a las acusaciones recurrentes de neonacionalismo, el autor señala como muchos japoneses –pero muy pocos americanos– han reflexionado ya de manera sincera sobre sus propios crímenes de guerra y los de su nación. Finalmente, el análisis concluye que es esencial y posible enterrar los fantasmas de guerras pasadas para construir los cimientos de un orden pacífico y cooperativo en Asia-Pacífico.

Reflexiones sobre los crímenes de guerra, las atrocidades y el terrorismo de Estado

Las controversias que siguen sucediéndose en torno a la masacre de Nanjing, las mujeres de consuelo para militares, la Unidad 731 y otras atrocidades militares japonesas arraigadas en el colonialismo y la Guerra Asia Pacífico son esenciales, no sólo para entender la dinámica de la guerra, la paz y el terror durante todo el siglo XX. También son vitales para el futuro de Japón, para las perspectivas de paz y reconciliación regional en Asia-Pacífico, y para las relaciones Japón-Estados Unidos. Esto queda patente en la controversia que estalló en 2007 sobre la resolución del congreso estadounidense solicitando a Japón que pidiera perdón oficialmente e indemnizara a las antiguas mujeres de consuelo.

Pero, ¿por qué se mantiene la feroz controversia sobre la masacre de Nanjing siete décadas después del suceso? Y, en

especial, ¿por qué se ha convertido la masacre de Nanjing en un tema tan polémico tanto en Japón como en Estados Unidos desde 1995? En primer lugar, intentaré situar la masacre de Nanjing y otros crímenes de guerra relacionados con el comportamiento general de Japón en la guerra de quince años con China (1931-1945) y su prolongación, la Guerra Asia-Pacífico (1941-1945).

Entre los crímenes de guerra y las atrocidades cometidas en la Segunda Guerra Mundial, la guerra más sangrienta de todos los tiempos, un tema pendiente sigue siendo la masacre de Nanjing... o la violación de Nanjing, o *Nankin Daigyakusatsu*, o *Nankin Jiken* (en japonés) o *Nanjing Datusha* (en chino). Estos distintos nombres ponen de manifiesto diferentes memorias históricas sobre los acontecimientos. La masacre de Nanjing es polémica no porque se desconozcan los hechos básicos o sean formalmente refutados por los historiadores. Es polémica, en primer lugar, debido a la horrible magnitud de la matanza de civiles y prisioneros de guerra chinos en un único escenario, y, en segundo lugar, porque algunos rasgos distintivos de la masacre y su relación con la guerra en el sentido más amplio son poco conocidos a pesar de la profunda investigación llevada a cabo por los japoneses y los académicos y periodistas internacionales. Pero, por encima de todo, Nanjing sigue siendo polémico debido a los intentos repetidos por negar y manipular los hechos por parte de los neonacionalistas japoneses y la negativa de los sucesivos gobiernos japoneses a aceptar la responsabilidad no sólo de la masacre sino también de la guerra de agresión que acabó con la vida de entre diez y treinta millones de chinos. Para entender por qué los neonacionalistas japoneses, y más importante aún, el Gobierno japonés, siguen librando esta batalla hay que fijarse en la estructura de poder establecida durante la ocupación estadounidense, intensificada en la época de la Guerra Fría y que todavía sigue funcionando en Japón.

La masacre de Nanjing y la relación Estados Unidos-Japón

Antes de hablar de estos asuntos, hay otra cuestión que deberían plantearse no sólo los neonacionalistas japoneses:

tras siete décadas del comienzo de la Guerra Asia-Pacífico y sesenta y dos años sin que las fuerzas japonesas hayan participado en ninguna guerra en el mundo, ¿qué derecho tienen los americanos a criticar la masacre de Nanjing y las atrocidades cometidas por Japón en tiempo de guerra? Dicho de otro modo, las fuerzas militares estadounidenses han incumplido en repetidas ocasiones y siguen incumpliendo de forma directa las leyes y la ética internacionales, especialmente en Corea, Indochina, Irak y Afganistán. Estados Unidos mantiene un imperio cada vez mayor de bases militares por todo el mundo, aterroriza sistemáticamente a poblaciones civiles y su presupuesto militar ya supera los presupuestos combinados de todos los demás estados. En un mundo así, ¿qué derecho tienen los americanos de atizar las brasas de los crímenes cometidos por Japón hace casi tres generaciones?

Además, las autoridades de ocupación estadounidenses impidieron que los japoneses y su Gobierno aceptaran la responsabilidad y pagaran las indemnizaciones correspondientes por sus atrocidades cometidas durante la guerra: primero, al mantener a Hirohito en el trono y eximirlo de su responsabilidad por los actos de guerra, hasta el punto de aclamarlo como el “emperador de la paz” a partir de 1945; y posteriormente al proteger al Estado japonés de las reclamaciones de las víctimas de atrocidades para recibir indemnizaciones alegando motivos falsos como que los temas ya habían quedado resueltos en el Tratado de San Francisco de 1951. A diferencia del caso alemán, en el que Estados Unidos presionó mucho a los gobiernos de la posguerra para que aceptaran su plena responsabilidad por el Holocausto y pagaran miles de millones en indemnizaciones a las víctimas, los paladines norteamericanos en la Guerra Fría protegieron a Japón de las responsabilidades, en especial a la hora de reconciliarse con Asia.

Para aclarar las guerras de la memoria más discutibles en la región de Asia-Pacífico hay que abordar los crímenes y atrocidades de guerra de japoneses y americanos. Voy a ilustrar esta idea considerando la masacre japonesa de Nanjing y el ataque americano con bombas incendiarias y el bombardeo atómico de ciudades japonesas durante la Segunda Guerra Mundial, con una breve reflexión sobre las posteriores guerras de Estados Unidos en Corea, Indochina e Irak. Nos guiaremos por los principios esenciales de la legislación internacional desarrollada a lo largo de varias décadas, en particular los consagrados en los juicios de Núremberg y Tokyo, y la Convención de Ginebra de 1949, que identifican como actos de terrorismo y crímenes contra la humanidad la matanza de civiles y no combatientes por los estados y sus ejércitos. Es importante considerar los crímenes de los vencedores y también de los perdedores en la Segunda Guerra Mundial y las guerras posteriores. Mi intención es ubicar el *quid* del problema de los crímenes de guerra en el nacionalismo agresivo al servicio del imperio que provoca la guerra.

También voy a analizar las razones que hacen que muchos japoneses –pero muy pocos americanos– hayan reflexionado seriamente sobre sus propios crímenes de guerra y atrocidades y los de su nación. Una premisa de este análisis es que es esencial y posible enterrar los fantasmas de las guerras pasadas para construir los cimientos de un orden pacífico y cooperativo en Asia-Pacífico. Pero primero, Nanjing.

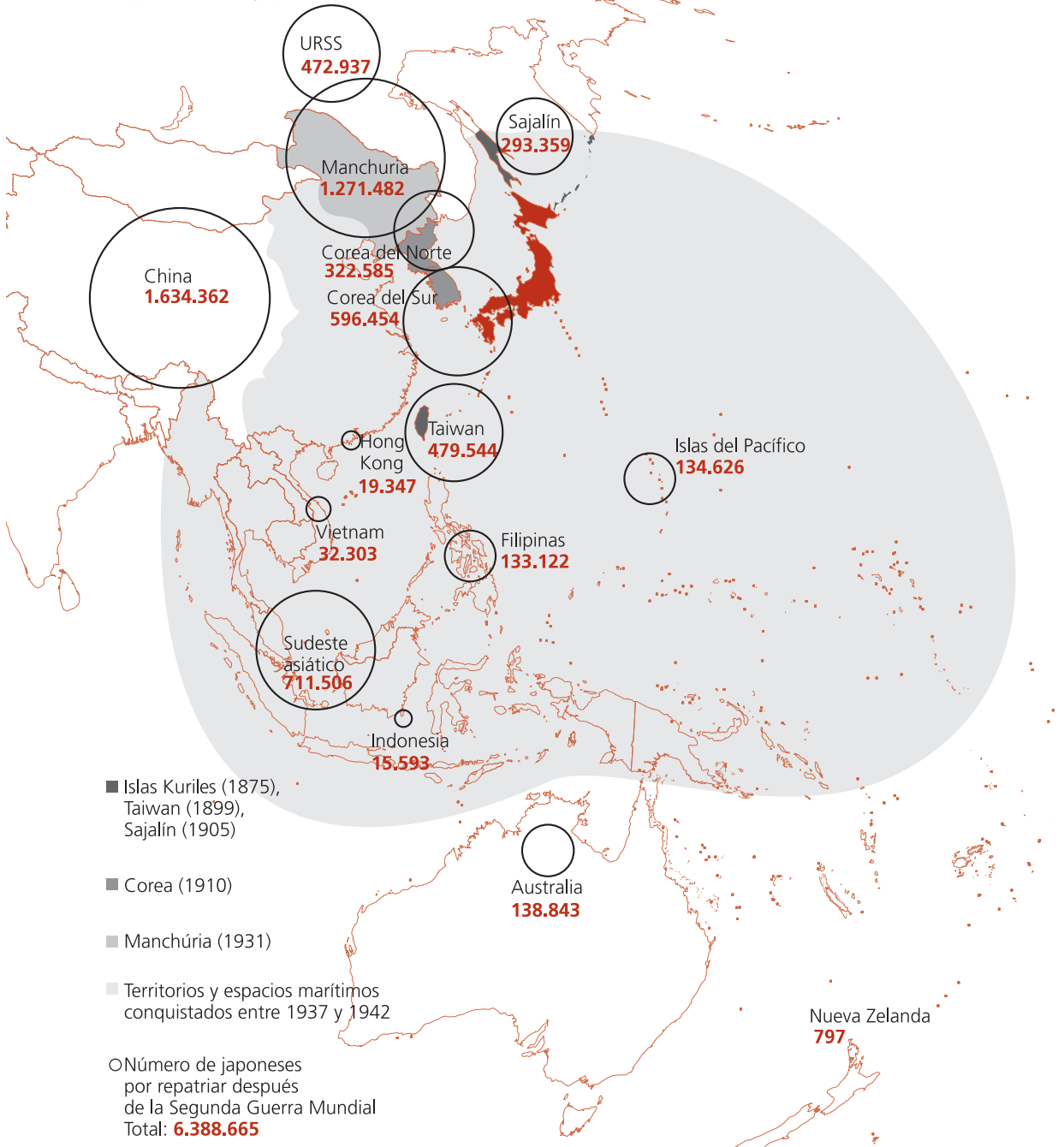
La masacre de Nanjing y las estructuras de violencia en la guerra de quince años

Mucha de la literatura en inglés y chino sobre la masacre de Nanjing trata el suceso como representativo del comportamiento general de los soldados japoneses durante la Guerra China-Japón, en algunos casos incluso caracterizándolo como la personificación misma del carácter japonés. En cambio, mi punto de vista es que la lógica combinada de los crímenes de guerra y la posterior negación oficial de las atrocidades en la Guerra del Pacífico es compartida por Japón, Estados Unidos y otras naciones en lo que respecta a sus propias tropas y líderes.

Del mismo modo que un evento insignificante producido en 1931 sirvió de pretexto para que Japón se apoderara del nordeste de China y creara el Estado dependiente de Manchukuo, un enfrentamiento menor entre tropas japonesas y chinas en el puente de Marco Polo el 7 de julio de 1937 fue la excusa para la invasión a gran escala de China, al sur de la Gran Muralla. El 27 de julio, refuerzos japoneses de Corea y Manchuria y unidades del ejército del aire ya se habían unido al combate. Asimismo, la alta comandancia del ejército envió a tres divisiones de Japón y llamó a filas a 209.000 hombres. Con la toma de Beiping (actual Beijing) y Tianjin al día siguiente, y el ataque de Shanghai en agosto, la guerra empezó en serio. En octubre, se ordenó a un Ejército Expedicionario de Shanghai (SEA) bajo el mando del general Iwane Matsui con seis divisiones que destruyera a las fuerzas enemigas en Shanghai y sus alrededores. Pronto se les unió el Décimo Ejército capitaneado por el general Heisuke Yanagawa con cuatro divisiones. El ejército japonés confiaba en que el gobierno nacional de Chiang Kai-shek se rendiría rápidamente, pero se encontró con una dura resistencia que provocó muchas bajas: 9.185 japoneses murieron y 31.125 resultaron heridos en Shanghai. Pero después de aterrizar en la Bahía de Hangzhou, los japoneses tomaron enseguida el control de Shanghai. El 7 de noviembre, los dos ejércitos japoneses se unieron para formar un Ejército del Área de China Central (CCAA) formado por unos 160.000-200.000 hombres.

Con las fuerzas chinas en retirada, el CCAA de Matsui, se dispuso a tomar la capital china, Nanjing, sin esperar órdenes de Tokyo. Todas las unidades competían por ganarse el

MAPA 1. El expansionismo japonés en Asia-Pacífico (1875-1945)



Fuente: VVAA "Japón, el sol renaixent". Revista *dCidob*, Verano de 2007. Fundació CIDOB.

honor de ser la primera en entrar en la capital. A falta de unidades de abastecimiento, las tropas se dedicaron al saqueo, atacando a los campesinos chinos y cometiendo todo tipo de atrocidades por el camino. Algunos historiadores como Akira Fujiwara¹ y Yutaka Yoshida fijan sensatamente el inicio de la masacre de Nanjing en las atrocidades cometidas contra civiles de camino hacia Nanjing. "Así empezó la

guerra más titánica, cara y mortífera en la historia moderna de Japón, hecha sin causa justa o motivo convincente", escribió Akira Fujiwara.

Este comportamiento se apartaba drásticamente del adoptado en la toma de las ciudades en los primeros conflictos militares de Japón en la Guerra ruso-japonesa de 1905 y en

la guerra posterior. Una razón fue que las fuerzas japonesas, que confiaban en “la fuerza y la sorpresa” del ataque de noviembre en Shanghai para conseguir la rendición, no estaban preparadas para la feroz resistencia y las numerosas bajas que sufrieron, lo cual provocó un deseo de venganza. Además, durante toda la guerra los japoneses, al igual que hicieron los americanos varias décadas después en Vietnam, mostraron una gran incapacidad para comprender las raíces nacionalistas y la fuerza de la resistencia.

Otro motivo de las atrocidades fue que, como las fuerzas del Ejército Expedicionario de Shanghai y el Décimo Ejército competían por ser las primeras en tomar Nanjing, la alta comandancia perdió el control de estas fuerzas, lo que dio lugar a una situación volátil y violenta.

Pero por encima de estas dos causas, el desprecio que sentían los soldados japoneses por las fuerzas militares chinas y los chinos en general puso en marcha la dinámica que desembocó en la masacre. A falta de una declaración de guerra por parte de Japón, como observa Aiko Utsumi, la alta comandancia japonesa sostuvo que no estaba obligada a tratar a los soldados chinos capturados como prisioneros de guerra u observar otros principios bélicos que Japón había suscrito escrupulosamente en la Guerra ruso-japonesa de 1904-05, como la protección de los derechos de los civiles. Posteriormente, Japón fue mucho más prudente con los prisioneros de guerra estadounidenses y con los aliados durante la Guerra del Pacífico, aunque también los trató mal.

Como observa Yutaka Yoshida, el abuso psíquico y físico extremo que soportaron las tropas japonesas durante su adiestramiento y servicio, por no hablar de las marchas forzadas llevando 30-60 kg de provisiones y equipamiento y la disciplina militar despiadada, condujeron a un aumento de la frustración que se proyectó contra los civiles y los prisioneros capturados. En otras palabras, el potencial para el abuso iba creciendo a medida que los soldados se acercaban a Nanjing.

Cuando se ordenó a las fuerzas chinas que se retiraran de Nanjing en la noche del 12 de diciembre era demasiado tarde, ya que las tropas japonesas ya habían rodeado la ciudad y muchos chinos habían sido apresados. Muchos otros se deshicieron de sus armas y uniformes e intentaron rendirse o mezclarse con la población civil. Gracias a la combinación de diarios, informes de guerra, relatos periodísticos y entrevistas, Akira Fujiwara documentó la matanza de decenas de miles de prisioneros de guerra, incluidos 14.777 a manos del Destacamento Yamada de la 13ª División. Yang Daqing señala que el general Yamada ordenó a sus tropas que ejecutaran a los prisioneros después de que, desde la sede del Ejército Expedicionario de Shanghai, se le comunicara por dos veces que “los mataran a todos”.

El teniente general Toichi Sasaki confesó en su diario el 13 de diciembre:

“Sólo nuestro destacamento se encargó de más de 20.000. Posteriormente, miles de enemigos se entregaron. Las tropas frenéticas, haciendo caso omiso a los esfuerzos de sus superiores por contenerlos, remataron a los prisioneros de guerra uno tras otro... Los hombres gritaban: ‘¡Vamos a cargármelos a todos!’ tras acordarse de los últimos diez días de lucha sangrienta en los que muchos colegas habían derramado tanta sangre.”

Naturalmente, la matanza de Nanjing no se limitó a los soldados chinos, capturados o rendidos. También fueron violados y/o asesinados un gran número de civiles. El teniente general Yasuji Okamura, por ejemplo, que en 1938 fue nombrado comandante del Décimo Ejército, recordaba *“que se llevaron a cabo decenas de miles de actos de violencia, como el saqueo y la violación, contra civiles durante el ataque de Nanjing. Segundo, las tropas de primera línea se entregaban a estas prácticas infames de ejecutar a prisioneros de guerra con el pretexto de los viveres [que escaseaban].”* Tanto los chinos como los extranjeros documentan ampliamente en los Informes de Nanjing la magnitud de los crímenes cometidos inmediatamente después de que los japoneses tomaran la ciudad. El empresario alemán y miembro del partido nazi John Rabe anotó en su diario de Nanjing el 17 de diciembre: *“Se dice que en la pasada noche hasta 1.000 mujeres y niñas fueron violadas, unas 100 niñas sólo en la Escuela de Niñas de Ginling. No se habla más que de violaciones. Si los maridos o hermanos se interponen, son asesinados. En todas partes se oye y se ve la brutalidad y la bestialidad de los soldados japoneses.”*

Entre las pruebas más importantes de la masacre se encuentran las facilitadas por las tropas japonesas que participaron en la toma de la ciudad. La “negación de Nanjing” recibió un duro golpe cuando la Kaikoshu, una orden fraternal de antiguos oficiales militares y revisionistas neonacionalistas, hizo un llamamiento a los soldados que habían luchado en Nanjing para describir su experiencia. Al publicar las respuestas en un “resumen” en marzo de 1985, el editor Kotaro Katogawa hizo alusión al testimonio de Masami Uemoto, según el cual había visto 3.000-6.000 víctimas, e Masaaki Itakura, que hablaba de 13.000 muertos. Katogawa concluyó: *“No importa cuáles fueran las condiciones de la batalla ni cómo esto afectó a los corazones de los hombres, una matanza ilegal de esta envergadura no se puede justificar. Como antiguo afiliado al ejército japonés, sólo puedo pedir mis más sinceras disculpas a los chinos.”* Un duro golpe... si no fuera porque estas pruebas irrefutables no pasaron de las manos de los negacionistas.

La masacre de Nanjing se puede entender como el compendio de la confianza militar japonesa de que la táctica de

“la fuerza y la sorpresa” garantizaría una rendición rápida, el desprecio por los soldados chinos y la población china, los métodos brutales de adiestramiento y el rechazo a aplicar los estándares de las leyes internacionales para los prisioneros de guerra y los ciudadanos. También fue fruto de la crisis de la disciplina militar como resultado del resentimiento por el feroz contraataque chino en Shanghai, las presiones de los oficiales para conseguir la gloria tomando Nanjing, y el fracaso japonés a la hora de proporcionar suministros, lo que provocó el saqueo y la matanza de ciudadanos chinos de camino a Nanjing. Pero, ¿qué lugar ocupa la masacre de Nanjing en el contexto más amplio del imperio y la guerra?

La masacre de Nanjing en la Guerra Asia-Pacífico

Las consecuencias de la masacre fueron mucho más allá de Nanjing y la terrible magnitud de las matanzas de prisioneros de guerra y civiles. La alta comandancia, hasta el emperador Hirohito, el comandante jefe, controló de cerca los acontecimientos de Nanjing, pero no condenó ni castigó a los oficiales y los hombres que perpetraron estos crímenes. En su lugar, los líderes y la prensa celebraron la victoria de Nanjing de una forma que invita a la comparación con la euforia de la prensa americana cuando las fuerzas estadounidenses se apoderaron de Bagdad transcurridas unas pocas semanas de la invasión de 2003. En ambos casos, la “victoria” dio origen a lo que resultó ser el inicio real y no el fin de la guerra. En ambos casos, le siguieron abusos de los derechos humanos que se intensificaron a medida que aumentaba la frustración.

Después de la masacre japonesa, los militares japoneses llevaron a cabo un control de los daños. Mientras que la prensa japonesa mantenía el silencio, la alta comandancia militar se movió con determinación para tomar las riendas de las tropas y evitar que se reprodujera la violencia anárquica, en particular la violencia delante de la prensa china e internacional. Los líderes temían que dicha violencia pudiera minar los esfuerzos por dominar, o al menos neutralizar, a la población china y garantizar su rendición. Una acción que muestra dicha preocupación fue el establecimiento del sistema de mujeres de consuelo inmediatamente después de la toma de Nanjing, en un esfuerzo por controlar y canalizar las energías sexuales de los soldados japoneses. Otra es que no se produjo ninguna masacre de proporciones comparables durante la toma de ninguna otra ciudad china en los ocho años siguientes. Naturalmente, si bien la alta comandancia consiguió disciplinar a las tropas implicadas en las

principales campañas urbanas, esto no significó que se pusiera fin a la violencia en las ciudades. Japón bombardeó Shanghai, Chongqing y otras ciudades durante la guerra, provocando muchas bajas civiles. En los últimos años de la guerra, los ataques aéreos japoneses se ampliaron con el uso de armas biológicas desarrolladas por la Unidad 731 contra Ningbo y en Zhejiang y Hunan. Al mismo tiempo, Japón tuvo un éxito considerable en la pacificación de las principales ciudades chinas, y también en la obtención del acuerdo de élites significativas. Esto resultaría ser una victoria pírrica cuando las líneas de batalla se trasladaron a otras partes, sobre todo hacia el campo, en una nación tan grande que Japón nunca llegó a sofocar la resistencia nacional.

De hecho, el legado más importante de la masacre de Nanjing reside en el hecho de que la matanza de civiles y prisioneros que fue su característica principal se repitió posteriormente en las zonas rurales donde la resistencia paralizó a las fuerzas japonesas. Esto queda reflejado en la *sanku sakusen* o Política de los Tres Todos (“incendiarlo todo, matar a todos y saquearlo todo”) implantada en las zonas rurales del norte de China por las fuerzas japonesas, cuyo objetivo

“ Aunque los líderes japoneses y americanos de la posguerra han optado principalmente por ‘recordar’ la derrota de Japón a manos de los americanos, la guerra de China se cobró un alto precio tanto en fuerzas japonesas como en vidas chinas”

era aplastar a la resistencia dirigida por los comunistas en áreas de guerrilla detrás de las líneas japonesas y las tropas de Chiang Kai-shek. Al recurrir a un reinado del terror en las áreas de resistencia, entre otras las dirigidas por el Partido Comu-

nista Chino, las fuerzas japonesas anticipaban muchos de los enfoques estratégicos que más tarde aplicaría Estados Unidos en Vietnam. Por ejemplo, las fuerzas japonesas fueron las pioneras en la construcción de “aldeas estratégicas”, que implicaban trasladar a los campesinos, quemar pueblos enteros de la resistencia, aterrorizar a la población local, aplicar unos impuestos elevados e imponer pesados trabajos. Otras muchas características ya evidentes durante los sucesos de Nanjing también se aplicarían en el campo, con unos resultados desastrosos: las unidades militares se dedicaban sistemáticamente al saqueo para garantizar sus víveres, las fuerzas japonesas negaban la condición de prisioneros de guerra a las tropas chinas, a menudo asesinando a todos los prisioneros y, cuando encontraban resistencia, adoptaban políticas de tierra quemada, privando a los aldeanos de sus medios de subsistencia.

En resumen, la anarquía despiadada que se vio primero en Nanjing dio paso a unas políticas más sistemáticas de masacre empleadas deliberadamente por los militares japoneses en un intento frustrado por conquistar y subyugar a los chinos. Aunque los líderes japoneses y americanos de la posguerra han optado principalmente por “recordar” la derrota de Japón a manos de los americanos, la guerra de China

se cobró un alto precio tanto en fuerzas japonesas como en vidas chinas, y para Japón era imposible ganar. Naturalmente, también creó el marco para que el Partido Comunista se alzara con la victoria en la posterior guerra civil china, lo que preparó el camino para la fundación de la República Popular.

Crímenes de guerra japoneses, crímenes de guerra americanos

Desde la Segunda Guerra Mundial, el avance inexorable de la tecnología armamentística ha ido de la mano de los esfuerzos internacionales por establecer los límites de la matanza y la barbarie asociadas a la guerra, especialmente los bombardeos indiscriminados contra civiles. Estos avances en la legislación internacional han proporcionado importantes puntos de referencia para los movimientos sociales, aunque es difícil no llegar a la conclusión de que, bien pensado, han sido bastante poco efectivos a la hora de impedir que los estados cometan atrocidades.

Las implicaciones éticas y estratégicas de los bombardeos nucleares de Hiroshima y Nagasaki han generado gran cantidad de literatura internacional ambigua, al igual que los crímenes de guerra y las atrocidades alemanas y japonesas. Sin embargo, hasta hace poco la destrucción por parte de Estados Unidos de más de sesenta ciudades japonesas antes de Hiroshima se ha menospreciado en la literatura académica en inglés y japonés y en la conciencia popular en Japón y Estados Unidos, pero también a escala global.

Bombardeo de civiles, terrorismo de Estado y legislación internacional

Alemania, Inglaterra y Japón encabezaron lo que se conoce eufemísticamente como "bombardeo de zonas", la destrucción de ciudades enteras con armas convencionales. Este enfoque, perfeccionado por Estados Unidos en 1944-45, combinaba el dominio tecnológico con la minimización de las bajas estadounidenses, es decir, "ratios de asesinatos" apabullantes. Se convirtió en el sello de la manera americana de hacer la guerra en campañas que van desde Corea e Indochina hasta las guerras del Golfo y de Irak.

Pero no siempre fue así. Desde 1932 hasta los primeros años de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos criticó repetidamente el bombardeo de las ciudades. El presidente

Franklin Roosevelt hizo un llamamiento a las naciones en combate en 1939, el primer día de la Segunda Guerra Mundial, para que "bajo ninguna circunstancia bombardearan desde el aire poblaciones civiles o ciudades no fortificadas." Gran Bretaña, Francia y Alemania accedieron a limitar los bombardeos a objetivos estrictamente militares, pero en mayo de 1940, el bombardeo alemán de Róterdam se cobró la vida de 40.000 civiles y forzó la rendición de los holandeses. Hasta ese momento, el bombardeo de ciudades había sido aislado, esporádico y la mayoría de las veces se había limitado a las potencias del Eje. Luego, en agosto de 1940, después de que Alemania bombardeara Londres, Churchill ordenó que se atacara Berlín. Poco a poco fue aumentando la escalada de bombardeos de ciudades y poblaciones civiles.

Después de Pearl Harbor, Estados Unidos siguió reclamando la autoridad moral renunciando al bombardeo civil. Esta postura era coherente con el punto de vista predominante

"Las implicaciones éticas y estratégicas de los bombardeos nucleares de Hiroshima y Nagasaki han generado gran cantidad de literatura (...) Sin embargo, hasta hace poco la destrucción por parte de Estados Unidos de más de sesenta ciudades japonesas antes de Hiroshima se ha menospreciado en la literatura académica. (...) Los bombardeos destruyeron el 40% de las 66 ciudades japonesas elegidas como blanco."

dentro de las fuerzas aéreas, que defendían que las estrategias de bombardeo más eficientes eran las que apuntaban a la destrucción de las fuerzas enemigas y las instalaciones estratégicas, y no las diseñadas para aterrorizar o matar a civiles. Sin embargo, Estados Unidos colaboró con Gran Bretaña en el bombardeo indiscriminado de Casablanca en 1943.

Mientras que los británicos pretendían destruir ciudades enteras, el objetivo de los americanos eran las zonas industriales y militares.

Del mismo modo, los días 13-14 de febrero de 1945, los bombarderos británicos apoyados por los aviones estadounidenses destruyeron Dresden, un centro cultural histórico que no contaba con bases o industrias militares significativas. Las estimaciones más prudentes hablan de 35.000 personas calcinadas en un único ataque.

Bombardeo estratégico en Japón

Pero fue en Japón, en los últimos seis meses de la guerra, donde Estados Unidos desplegó su potencia aérea en campañas para arrasarse ciudades japonesas enteras y aterrorizar, desarmar y matar a sus residentes mayoritariamente población civil indefensa, en un esfuerzo por obligarles a rendirse ante sus tropas.

El teniente general Curtis LeMay fue nombrado comandante del 21º Comando Bombardero del Pacífico el 20 de enero de 1945. LeMay fue el principal arquitecto, un innovador

estratégico y el portavoz más citable de las políticas estadounidenses de quemar las ciudades enemigas y después los pueblos y bosques. Pero también fue un enlace en una cadena de mando que se extendía hacia arriba a través de los jefes del Estado Mayor hasta el presidente, que autorizó lo que se convertiría en el eje central de la guerra estadounidense.

Todo el furor de las bombas incendiarias y el napalm se desató la noche del 9-10 de marzo de 1945, cuando LeMay envió 334 B-29 a Toio. Su misión era reducir la ciudad a escombros, matar a sus ciudadanos e infundir terror en los supervivientes, con gasolina en forma de gelatina que crearía un mar de llamas. El éxito del ataque en un área que el Estudio de Bombardeos Estratégicos estadounidense calculó en un 84,7% residencial fue más allá de los sueños más descabellados de sus planificadores. Fustigadas por los intensos vientos, las llamas provocadas por las bombas se extendieron por un área de 24 km² alrededor de Tokyo, causando unos incendios inmensos.

¿Cuántas personas murieron en la noche del 9-10 de marzo en lo que el comandante de vuelo, el general Thomas Power, calificó como: "el mayor desastre individual sufrido por un enemigo en la historia militar"? La cifra de aproximadamente 100.000 muertos y un millón de hogares destruidos, facilitada por las autoridades japonesas y americanas, que podrían ocultar el número real de víctimas, me parece baja considerando la densidad de población, las condiciones del viento y los relatos de los supervivientes. Se estima que 1,5 millones de personas vivían en las áreas quemadas. Teniendo en cuenta la incapacidad casi total por combatir incendios de la magnitud de los producidos por las bombas, las bajas podrían ser muy superiores a las cifras proporcionadas por las dos partes del conflicto.

Tras la incursión en Tokyo del 9-10 de marzo, los ataques con bombas se extendieron por toda la nación. En el periodo de diez días a partir del 9 de marzo, 9.373 toneladas de bombas destruyeron 50 km² de Tokyo, Nagoya, Osaka y Kobe. En general, los bombardeos destruyeron el 40% de las 66 ciudades japonesas elegidas como blanco.

Si la Segunda Guerra Mundial determinó el curso moral y tecnológico de la destrucción masiva fue sobre todo por la erosión provocada por el estigma asociado a la selección sistemática de objetivos civiles desde el aire. La novedad en los últimos años de la Guerra del Pacífico fue la magnitud de las matanzas y el hecho de convertir en rutina las masacres. Si

bien es cierto que el bombardeo de zonas fue polémico a lo largo de gran parte de la Segunda Guerra Mundial, algo que los que lo practicaban debían ocultar o negar, a finales de la guerra se admitió como el eje central de la guerra. En la época de la posguerra, Estados Unidos confiaría cada vez más en la potencia aérea en general, y en la destrucción deliberada de objetivos civiles y las infraestructuras que hacían posible su supervivencia ampliando el alcance de los bombarderos de la ciudad al campo, y los blancos de los seres humanos a la naturaleza, como sucedió con la defoliación de amplias zonas de Indochina.

El horror que sintió el mundo entero con la masacre de Gernika, el bombardeo japonés de Shanghai, el bombardeo británico de Dresden y el bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki nunca volvería a sentirse con tanta intensidad y universalidad a pesar de la magnitud de los bombardeos... con excepción de la corriente de simpatía por las 2.800 víctimas del ataque terrorista del 11-S.

La masacre de Nanjing consistió en la matanza cara a cara de civiles y soldados presos, mientras que el bombardeo estadounidense de ciudades y pueblos se caracterizó por formas de aniquilación tecnológica que distanciaron a las víctimas de los agresores. Sin embargo, merece la pena reflexionar sobre los elementos comunes de la matanza masiva de civiles en la masacre de Nanjing y el bombardeo

" La Segunda Guerra Mundial determinó el curso moral y tecnológico de la destrucción masiva debido a la erosión provocada por el estigma asociado a la selección sistemática de objetivos civiles desde el aire. La novedad en los últimos años de la Guerra del Pacífico fue la magnitud de las matanzas y el hecho de convertir en rutina las masacres."

estadounidense de ciudades japonesas, sin dejar de destacar la diferencia entre la inmediatez de la matanza de personas en el primer caso y la aniquilación tecnológica y el distanciamiento entre los agresores y las víctimas en el segundo. También cabe mencionar que los principales avances tecnológicos

estratégicos y éticos en este desarrollo histórico se produjeron todos antes del bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki. Debemos preguntarnos por qué sólo las atrocidades de Japón en Nanjing y otras partes han sido objeto de una condena internacional unánime y un debate enérgico, cuando Estados Unidos también ha participado y sigue participando en matanzas masivas de civiles que violan la ley y la ética internacional.

La Segunda Guerra Mundial permanece grabada de forma imborrable en la memoria americana como la "guerra buena" y en cierto modo se podría decir que, en algunos puntos importantes, así fue. Al enfrentarse a la maquinaria bélica de la Alemania nazi y el Japón imperial, Estados Unidos desempeñó un papel vital en la derrota de los agresores y abrió el camino a la oleada de descolonizaciones que se extendió por todo el mundo en las décadas siguientes.

Naturalmente, esa guerra también catapultó a Estados Unidos a la supremacía global y estableció las bases institucionales para la proyección global de la potencia americana, en la que la superioridad militar descansaba en dos pilares: el predominio tecnológico y, como Chalmers Johnson describió brillantemente, un imperio estadounidense remoto de bases militares que se podría contraponer a un imperio territorial o colonial.

La mayoría de americanos recuerdan la Segunda Guerra Mundial como una “buena guerra” en otro sentido igualmente importante: en comparación con la Primera Guerra Mundial y el comportamiento de otras potencias ganadoras después de 1945 la ayuda estadounidense no sólo fue para los aliados destrozados por la guerra, sino también para la reconstrucción de las economías y sociedades y para promover la democracia entre los antiguos adversarios, Alemania y Japón. Esta promesa de democracia y desarrollo de posguerra se convertiría en el mantra estadounidense en todas las guerras desde la Segunda Guerra Mundial. Esta interpretación, que pone de manifiesto el altruismo y la generosidad americana, esconde unos objetivos expansionistas. Con todo, en comparación con los anteriores imperios territoriales, las ambiciones americanas se plasmaron principalmente en nuevas estructuras globales y regionales, con el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y las Naciones Unidas a la cabeza.

La victoria en la Segunda Guerra Mundial, que impulsó a Estados Unidos a una posición hegemónica, también le dio autoridad para castigar los crímenes de guerra cometidos por las naciones derrotadas. Esta posición privilegiada sigue siendo un obstáculo considerable a la hora de revisar exhaustivamente la conducta de Estados Unidos en la guerra, en particular la destrucción masiva infligida por sus fuerzas.

El punto de partida para este ejercicio debe ser la revisión y reconsideración de los bombardeos sistemáticos de civiles en ciudades japonesas como crímenes de magnitud similar al genocidio nazi y los crímenes de guerra japoneses contra los asiáticos. Sólo ocupándose de los asuntos planteados por esta revisión podrán los americanos empezar a abordar el ideal de Núremberg que juzga a los vencedores y a los vencidos por los mismos patrones en lo que respecta a los crímenes contra la humanidad, o el artículo del Acuerdo de

Ginebra de 1949, que exige la protección de la población civil en tiempos de guerra. En esto consiste el principio de universalidad proclamado en Núremberg y violado en la práctica por Estados Unidos a partir de entonces. Desgraciadamente, este doble rasero empezó en los juicios de 1946, que declararon la inmunidad de Estados Unidos en los procesos por crímenes de guerra.

Todos los presidentes estadounidenses, desde Franklin D. Roosevelt hasta George W. Bush, han defendido en la práctica un enfoque bélico que tiene como objetivo aniquilar a

poblaciones enteras y eliminar todos los vestigios de distinción entre combatiente y no combatiente. La centralidad de la matanza a gran escala de no combatientes mediante la fuerza aérea fluye como una línea roja desde los bombardeos de 1944-45 hasta las guerras del Golfo, Afganistán e Irak, pasando por las de Corea e Indochina. Al mismo tiempo, Estados Unidos se vanagloria de llevar libertad a los oprimidos.

Resulta conveniente destacar la enorme magnitud de la destrucción infligida por Estados Unidos desde el aire en las tres guerras más importantes. En el transcurso de tres años, las fuerzas de Estados Unidos/ONU realizaron 1.040.708 ataques aéreos en Corea y lanzaron 386.037 toneladas de bombas y 32.357 toneladas de napalm. Si contamos todos los tipos de artillería aérea, incluidos los cohetes y las municiones para ametralladoras, el total asciende a 698.000 toneladas. Según los datos de la ONU, Marilyn Young estima que la cifra

de muertos en Corea, la mayoría de ellos no combatientes, fue de dos a cuatro millones, y sólo en el sur hubo más de cinco millones de desplazados.

Voy a referirme a tres ejemplos de la Guerra de Indochina para ilustrar este tema. Merece la pena recordar los comentarios del presidente Nixon sobre el bombardeo de Camboya que aparecen en las cintas de Kissinger hechas públicas en mayo de 2004. El 9 de diciembre de 1970, Nixon, en un ataque de ira, despotricó contra lo que consideraba una campaña de bombardeos mediocre de las fuerzas aéreas en Camboya. “Quiero que le den a todo. Quiero que utilicen los aviones grandes, los aviones pequeños, todo lo que puedan y les sirva de ayuda, van a saber lo que es bueno.” Kissinger dio la orden: “Una campaña de bombardeos masi-

“La victoria en la Segunda Guerra Mundial, que impulsó a Estados Unidos a una posición hegemónica, también le dio autoridad para castigar los crímenes de guerra cometidos por las naciones derrotadas. Esta posición privilegiada sigue siendo un obstáculo considerable a la hora de revisar exhaustivamente la conducta de Estados Unidos en la guerra”

“La matanza a gran escala de no combatientes mediante la fuerza aérea fluye como una línea roja desde los bombardeos de 1944-45 hasta las guerras del Golfo, Afganistán e Irak, pasando por las de Corea e Indochina. Al mismo tiempo, Estados Unidos se vanagloria de llevar libertad a los oprimidos.”

vos en Camboya. Todo lo que vuela contra todo lo que se mueve." Durante la Guerra de Vietnam, Estados Unidos también recurrió a las bombas de racimo y las armas químicas y biológicas de destrucción masiva como parte integral de su arsenal. Asimismo, en Indochina amplió el alcance de los bombardeos civiles de las ciudades al campo, y pasó de las bombas incendiarias al *agente naranja* (defoliante químico), que se cobró muchas víctimas a largo plazo entre la población local.

En Irak, los militares estadounidenses continuaron con los bombardeos masivos en barrios de Falluja, Bagdad y otros lugares, pero esta vez optaron por no hablar de la guerra aérea. Los principales medios de comunicación han respetado fielmente los dictámenes oficiales en este sentido y en otros muchos. Sin embargo, la fuerza aérea sigue siendo una de las primeras causas de muerte, destrucción, dislocación y división en el Irak contemporáneo. Según un estudio de *The Lancet*, el más fiable hasta la fecha, la guerra se había cobrado aproximadamente 655.000 vidas en enero de 2006 y cerca del doble en otoño de 2007. La guerra aérea también ha desempeñado un papel importante en la creación de más de dos millones de refugiados en el extranjero y una cifra similar de desplazados internos (uno de cada siete irakíes ha sido desplazado). Esta es la realidad básica del terrorismo de Estado a la que se enfrentan los irakíes, prácticamente invisible en la prensa dominante estadounidense y con una intensificación considerable de los bombardeos aéreos en 2007. A pesar de la supremacía aérea incuestionable que Estados Unidos ha ejercido en Irak desde 1991, a pesar de la creación de una serie de bases militares para ocupar permanentemente ese país y consolidar el poder americano en el Golfo, la guerra llevada a cabo por Estados Unidos en toda la región no parece tener fin. Además, la estrategia estadounidense ha provocado unas divisiones sociales explosivas que prometen acabar en una guerra permanente en Irak y en toda la región.

El camino para Japón y Asia-Pacífico

Hemos empezado considerando la masacre de Nanjing en un esfuerzo por comprender las bases estructurales e ideológicas del colonialismo japonés y su forma de hacer la guerra, y sobre todo para estimar las consecuencias para las víctimas asiáticas, en particular las víctimas civiles de la guerra. Asimismo, hemos examinado los bombardeos estadounidenses de civiles japoneses en la Guerra del Pacífico en

1945, y más tarde de civiles coreanos, indochinos e irakíes, violando de este modo un cuerpo impresionante de leyes internacionales destinadas a proteger a la población civil.

Tanto en el caso japonés como en el estadounidense, el nacionalismo al servicio de la guerra y el imperio estuvo inextricablemente ligado a los crímenes de guerra perpetrados contra las poblaciones civiles. Visto a través del prisma de la memoria histórica, ese mismo nacionalismo sirve para confundir, o incluso eliminar, la memoria de los crímenes de guerra y las atrocidades cometidas por la propia nación, y para encender los ánimos por los crímenes cometidos contra "nuestra gente". Impera la virtud heroica.

Sin embargo, podemos observar algunas diferencias destacables entre las respuestas japonesa y estadounidense a sus/nuestros respectivos crímenes de guerra. Un Japón derrotado y ocupado, con su economía en bancarrota, sus ciudades demolidas, su aparato militar destruido y su imperio desmantelado, se enfrentó a sus crímenes de guerra de forma compleja. Animados por los movimientos democráticos y pacifistas de la posguerra,

muchos japoneses reflexionaron y repudiaron los crímenes de guerra del Japón imperial. Muchos apoyaron la premisa pacifista de la Constitución, por la cual Japón renunciaba al uso de su fuerza militar, aunque se mantuviera entonces y ahora bajo el paraguas militar estadounidense. Sin embargo, apenas desde el mismo día en que se aprobó la nueva Cons-

" En el caso japonés como en el estadounidense, el nacionalismo al servicio de la guerra y el imperio estuvo inextricablemente ligado a los crímenes de guerra perpetrados contra las poblaciones civiles. (...) Un nacionalismo capaz de confundir, o incluso eliminar, la memoria de los crímenes de guerra y las atrocidades cometidas por la propia nación, y para encender los ánimos por los crímenes cometidos contra 'nuestra gente.' "

titución, las élites japonesas y estadounidenses han intentado socavar y revocar el Artículo 9 referido al compromiso de paz y ampliar el papel de Japón en las guerras dentro del marco del poder americano.

Tras la independencia oficial promulgada por el Tratado de San Francisco de 1951, los gobiernos japoneses todavía intentaron reafirmar los objetivos del colonialismo y la guerra del período 1931-45. En este sentido, liberaron y restablecieron la reputación de antiguos criminales de guerra, permitiendo así la elección de Nobusuke Kishi como primer ministro (y posteriormente, siguiendo el modelo dinástico japonés, de su nieto Shinzo Abe). En 1955, cuando el Partido Democrático Liberal inició sus cuarenta años de control del poder, el Ministerio de Educación, responsable de controlar, aprobar y revisar los libros de texto, intentó forzar a los autores a minimizar u omitir las referencias a la masacre de Nanjing, las mujeres de consuelo, la Unidad 731 y el suicidio obligado por los militares de ciudadanos de Okinawa durante la Batalla de Okinawa, entre otros asuntos polémicos.

cos. Desde principios de los ochenta, estas controversias de la memoria provocaron un conflicto internacional con China y Corea. Mucho antes de los ochenta, también había conflictos entre los gobiernos conservadores apoyados por los grupos neonacionalistas y un amplio espectro de ciudadanos y académicos que criticaban los crímenes de guerra de Japón. Más recientemente, estos mismos ciudadanos y académicos han intentado mejorar las relaciones con los vecinos de Japón, en especial China, Corea y varias naciones del Sudeste Asiático, reconociendo que esta reconciliación exigirá las disculpas y compensaciones por la guerra y el colonialismo.

En contraste con el debate abierto en Japón, el Gobierno estadounidense y la mayoría de americanos no se inmutan ante las acusaciones bien fundadas de crímenes de guerra.

Las excepciones son incidentes como las masacres de Nogunri y My Lai en Corea y Vietnam. Ante las pruebas inexpugnables de que estos sucesos se produjeron, los americanos los han tratado en gran parte como crímenes aberrantes de un puñado de reclutas y oficiales de bajo rango, reclutas cuyo procesamiento refuerza la imagen de la justicia americana. La misma lógica se aplicó a la hora de rebajar las torturas de la cárcel de Abu Ghraib en Irak.

A pesar de los poderosos movimientos contrarios a la guerra, sobre todo en oposición a la Guerra de Vietnam, que criticaban las atrocidades y el imperio, la mitología de benevolencia con las periferias del mundo sigue muy arraigada en el corazón de la política americana. Sobre todo, se ha reflexionado muy poco, y todavía menos se han pedido disculpas, por los crímenes de guerra y las atrocidades estadounidenses en todas las guerras mencionadas.

Dos excepciones ilustran hasta qué punto los americanos son autocomplacientes en cuanto a las principales guerras. En 1987, el presidente Ronald Reagan pidió perdón y ofreció compensaciones a los supervivientes de los 110.000 japoneses y americano-japoneses recluidos por el Gobierno estadounidense en los años 1942-45. Más tarde, en 1993, en el centenario del derrocamiento de la monarquía hawaiana por parte de Estados Unidos, el presidente Bill Clinton pidió disculpas (pero nada más) a los hawaianos. En ambos casos, los descendientes de las víctimas son ciudadanos americanos. Naturalmente, no se ha pedido perdón ni se han ofrecido indemnizaciones por las bombas incendiarias o las bombas atómicas lanzadas por Estados Unidos en Japón, o por la matanza de millones de personas y la creación de millones más de refugiados en Corea, Vietnam o Irak, o por las intervenciones estadounidenses en decenas

de otros conflictos en América y Asia. Este es el privilegio de la nación más poderosa del mundo. Poderosa sí, aunque hemos intentado llamar la atención sobre la incapacidad de Estados Unidos para traducir en victorias su superioridad militar y tecnológica después de la Segunda Guerra Mundial: en Corea, en Vietnam, en Irak.

Los temas del perdón y las compensaciones son vitales porque precisamente gracias a estos procesos de reconocimiento de los errores y a los esfuerzos por rectificar (aunque no resulten adecuados) se podrá superar el pernicioso legado de la guerra y el colonialismo, y se podrán sentar las bases para un futuro armonioso. En el caso de Asia, Haruki Wada y Kang Sangjung han calificado esta visión de acercamiento de "casa común de Asia". Esta es sin duda una lectura lógica de lo que ha sucedido en Alemania, en el co-

"El perdón y las compensaciones son vitales porque precisamente gracias a estos procesos de reconocimiento de los errores y a los esfuerzos por rectificar se podrá superar el pernicioso legado de la guerra y el colonialismo y se podrán sentar las bases para un futuro armonioso."

razón de Europa: el rechazo del nazismo, la formación de nuevos gobiernos distintos del gobierno anterior y el pago de compensaciones sustanciales a los antiguos gobiernos en otros tiempos ocupados y a las víctimas individuales allanaron el camino para que Alemania de-

sempeñara un papel básico en la Unión Europea. Pero, ¿acaso esta perspectiva es sencillamente utópica en el caso de Asia-Pacífico?

Las bases materiales para un avance decisivo en las relaciones internacionales en la región de Asia-Pacífico se ven claramente en los lazos económicos que han crecido de forma impresionante, en particular entre Japón, China y Corea del Sur. Estos lazos se extienden también a Australia, Taiwan, Hong Kong, Singapur y Estados Unidos, entre otros. Lo mismo puede decirse en cierta medida del ámbito cultural donde, la "Ola coreana" en televisión y cine, por ejemplo, se ha propagado a China, Japón y más allá. Del mismo modo, los *manga* y dibujos animados japoneses son muy populares en toda Asia-Pacífico. Las perspectivas de reconciliación han aumentado considerablemente gracias a una serie de iniciativas políticas, que han podido materializarse en un nuevo orden después de la Guerra Fría. Entre las más importantes, destacan el liderazgo chino en las negociaciones a seis bandas sobre las armas nucleares de Corea del Norte y la emergencia de una nueva, aunque todavía frágil, fase en las relaciones diplomáticas Estados Unidos-Corea del Norte.

Sin duda, se mantienen los obstáculos más importantes para un nuevo orden en el Pacífico, como la política de negación que ha caracterizado durante tanto tiempo a los gobiernos japoneses. Conviene mencionar que la negación oficial japonesa de aceptar las responsabilidades de guerra descansa en parte en la alianza Estados Unidos-Japón que

ha sido la base de la política de los sucesivos gobiernos japoneses, protegiéndoles de la necesidad de solucionar los problemas con sus vecinos de Asia y Pacífico. Más recientemente, el neonacionalismo japonés también se ha reactivado como respuesta a múltiples factores, entre otros la dependencia de Estados Unidos y los temores por el ascenso de China como potencia económica de primer nivel.

¿Es posible conseguir la reconciliación aprovechando los factores positivos de la sociedad japonesa que durante tanto tiempo ha cuestionado el negacionismo neonacionalista en beneficio de un futuro común para Asia? Entre esos factores podemos destacar:

- Los esfuerzos constantes de cariz progresivo y pacifista, uno de los principales legados de la Guerra del Pacífico.
- El compromiso de los académicos con la verdad, que ha llevado a los académicos, profesores y activistas japoneses a allanar el camino para la comprensión global de la masacre de Nanjing, el sistema de las mujeres de consuelo, la Unidad 731, la *sanko sakusen* y otras dimensiones críticas de la guerra y el colonialismo japoneses.
- La aparición de numerosos museos de la paz y otras formas de movimientos educativos ciudadanos para afrontar los problemas del colonialismo y los crímenes de guerra.
- Los movimientos transnacionales de académicos que han conseguido a través de las fronteras generar productos de comprensión mutua como el libro de texto común China-Japón-Corea sobre la historia del colonialismo y la guerra en Asia Oriental.
- Los esfuerzos valientes y determinados de las organizaciones japonesas de veteranos de guerra por decir la verdad sobre sus acciones y experiencias durante la guerra en China.
- La colaboración de ciudadanos y abogados japoneses con las víctimas coreanas y chinas de los trabajos forzados, incluido el trabajo sexual, y de la masacre de Nanjing, para llevar a cabo juicios y obtener indemnizaciones.

Al final, para alcanzar un futuro más pacífico y armonioso en Asia se necesitará no sólo ampliar las fuerzas de paz y

reconciliación entre los japoneses, sino también superar los estrechos vínculos entre el Estado japonés y las fuerzas neonacionalistas por un lado, y una relación de Estado-cliente con Estados Unidos por otro, que bloquean el camino hacia un futuro armonioso en Asia-Pacífico.

Existen motivos para creer que se podrían dar las condiciones para un cambio radical de este tipo en la política japonesa. Los más importantes son tres características del cambio en la geopolítica y la economía política regional:

- La consolidación de las bases económicas y financieras para una economía regional en Asia-Pacífico, un imperativo reforzado por la necesidad de conseguir un acuerdo regional y global sobre las emisiones de dióxido de carbono y otros problemas medioambientales.
- El declive global de la potencia estadounidense, como ilustran los importantes fracasos en Irak y Afganistán y las dificultades crecientes a las que se enfrentan la economía y las finanzas estadounidenses, además de la relativa pérdida de peso de Japón como potencia económica y financiera.
- El auge de China como potencia regional y la comparabilidad y complementariedad de China y Japón sugieren la necesidad, pero también la dificultad, de llegar a la reconciliación en contenciosos como el conflicto territorial de las Islas Senkaku/Diaoyutai, un conflicto avivado por las posibles rentas petroleras que hay en juego.

Todos estos puntos aumentan el interés por encontrar formas de intensificar los lazos entre Japón y China y entre Japón, China y Corea dentro de la región Asia-Pacífico. He señalado algunos obstáculos importantes en este camino, sobre todo las políticas estadounidenses que han saboteado eficazmente una serie de iniciativas internacionales desde el Protocolo de Kyoto sobre el medio ambiente hasta la apertura de las relaciones China-Japón. De hecho, quizás el obstáculo más difícil para una comunidad Asia-Pacífico emergente no sea el auge de China, sino el deterioro y la inseguridad de Estados Unidos. Con todo, el contexto posterior a la Guerra Fría ofrece nuevas esperanzas para la reconciliación regional en un momento en que el orden de la posguerra está desorientado.

1. N. del E. El orden en el nombre de las personas de origen japonés que aparecen en el presente artículo se ha alterado respecto al original, en el que se referenciaba en primer lugar el apellido, seguido del nombre, de acuerdo a la costumbre japonesa. Siguiendo el criterio de estilo adoptado por el *Anuario*, en el presente formato se muestra en primer lugar el nombre de pila, seguido del apellido de la persona citada.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

GRAYLING, A.C. *Among the Dead Cities*, Walker & Company, 2006.

Analiza exhaustivamente los bombardeos estratégicos estadounidenses y británicos (incluido el bombardeo atómico) a través del prisma de la ética y la legislación internacional.

GURTOV, Mel "Reconciling Japan and China," *Japan Focus*. Boletín electrónico de Asia Pacífico. Se puede consultar en: <http://japanfocus.org/products/details/2627>
Es un estudio minucioso de los factores que podrían llevar a la reconciliación Japón-China en las próximas décadas.

SELDEN, Mark and SO, Alvin eds., *War and State Terrorism: The United States, Japan and the Asia-Pacific in the Long Twentieth Century*. Lanham: Rowman & Littlefield, 2004.

Este libro revisa el terrorismo y el terrorismo de Estado en el siglo XX a la luz de la legislación y la geopolítica internacionales.

TADASHI WAKABAYASHI, Bob, ed., *The Nanking Atrocity 1937-38: Complicating the Picture*. Nueva York y Londres: Berghahn Books, 2007.

La investigación japonesa, china e internacional más actualizada sobre la masacre de Nanjing.